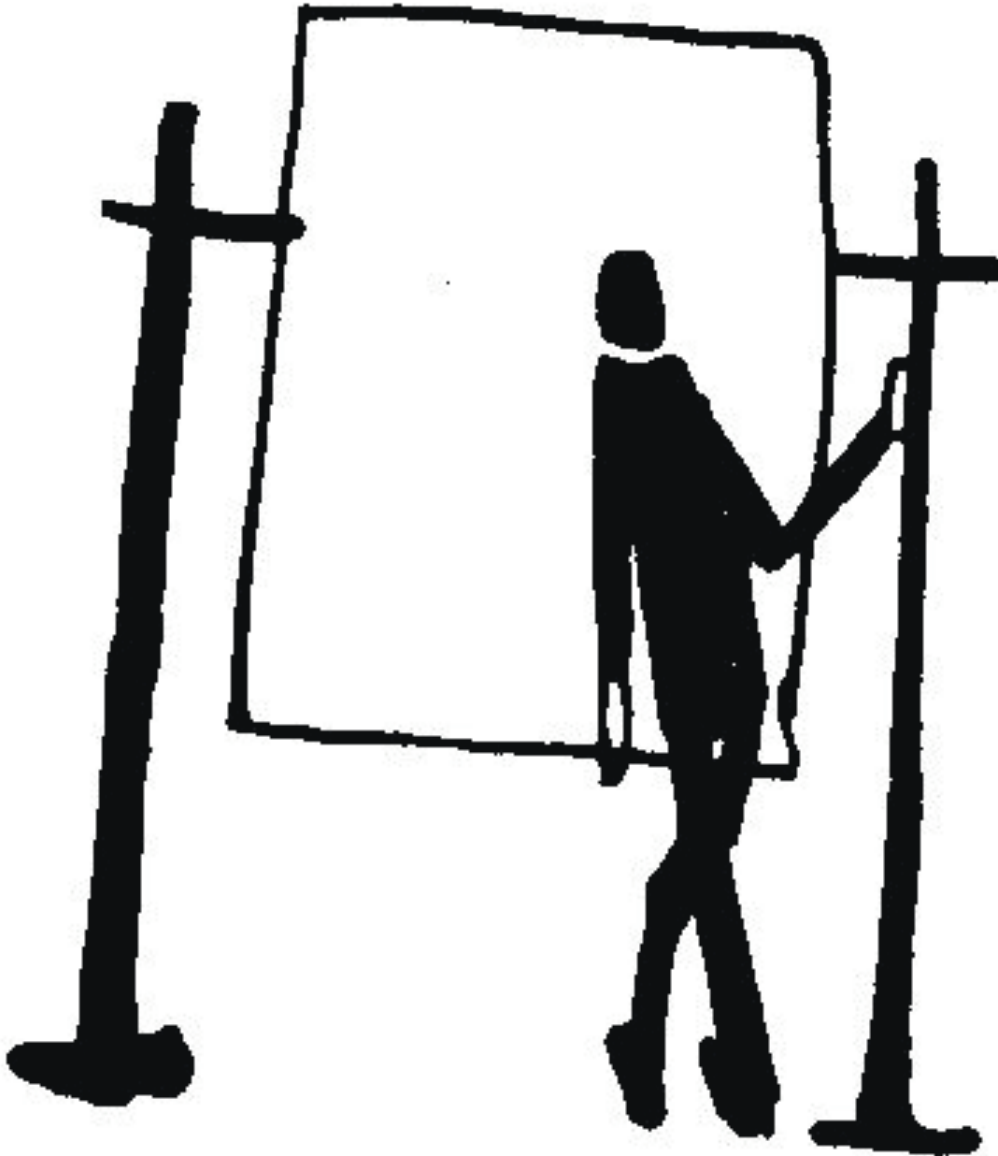


Ante la ley

Franz Kafka



41

“No te ilusiones”, dijo el clérigo. “¿Con qué podría ilusionarme?”, preguntó K. “Te equivocas con el tribunal”, dijo el clérigo, “en los escritos introductorios a la ley se habla de esta equivocación: ante la ley está

apostado un portero. A este portero acude un hombre del campo y le pide entrada en la ley. Pero el portero dice que por ahora no le podía conceder la entrada. El hombre reflexiona y luego pregunta si más tarde

podría entrar. “Es posible”, dice el portero, “pero no ahora”. Ya que el portón frente a la ley está abierto como siempre y el portero está parado a un lado, el hombre se agacha para mirar al interior a través de la puerta. Cuando el portero nota esto, se ríe y dice: “Si tanto te atrae, intenta irrumpir a pesar de mi prohibición. Pero ten en cuenta: soy poderoso. Y yo soy apenas el portero de más abajo. De sala en sala se apostan porteros, uno más poderoso que el otro. Incluso la mirada del tercero ni yo la alcanzo a soportar”. El hombre del campo no ha esperado tales dificultades, la ley debe ser accesible a todo el mundo y siempre, piensa, pero ahora cuando contempla más detenidamente al portero en su abrigo de piel, su gran nariz puntiaguda, la barba tártara, negra, escasa, larga, resuelve sin embargo mejor esperar hasta obtener el permiso de entrada. El portero le da un taburete y lo deja sentarse al lado de la puerta. Allí se sienta días y años. Hace muchos intentos para ser admitido y cansa al portero con sus súplicas. El portero frecuentemente emplea pequeños interrogatorios, le pregunta acerca de su tierra natal y muchas otras cosas, pero solo son preguntas indiferentes, como las que hacen grandes señores y para terminar le dice una y otra vez que todavía no lo podía admitir. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para su viaje, utiliza todo, por valioso que sea, para sobornar al portero. Este, a decir verdad, lo acepta todo, pero a la vez dice: “Lo acepto únicamente para que no creas haber omitido algo”. Durante los muchos años, el hombre observa al portero casi ininterrumpidamente. Olvida a los otros guardianes y este primero le parece el único obstáculo para entrar en la ley. Mal dice el azar desafortunado; durante los primeros años en voz alta, más tarde, cuando se torna senil, ya solo gruñe para sus adentros. Se vuelve infantil y dado que en los

largos años de estudio del portero ha conocido también a las pulgas de su cuello de piel, igualmente les pide a las pulgas que le ayuden y disuadan al portero. Finalmente, su vista se debilita y él no sabe si realmente está oscureciendo a su alrededor o si solo es una ilusión de sus ojos. Pero bien distingue ahora en la oscuridad un resplandor que irrumpe inextinguible desde la puerta de la ley. Bien, él ya no vivirá mucho más. Antes de su muerte, se acumulan en su cabeza todas las experiencias de este tiempo en una pregunta que hasta el momento no ha hecho al portero. Le hace un ademán, pues ya no puede enderezar su cuerpo entumecido. El portero tiene que inclinarse profundamente hacia él, porque las diferencias de estatura han cambiado mucho en detrimento del hombre. “¿Entonces qué más quieres saber ahora?”, pregunta el portero. “Eres insaciable”. “Si todos aspiran a la ley”, dice el hombre, “¿cómo es posible que en tantos años nadie excepto yo haya solicitado la admisión?”. El portero comprende que el hombre está en las últimas y para alcanzar aún su oído apagado le grita con fuerza: “Aquí nadie más podía obtener admisión, porque esta entrada estaba destinada solo para ti. Me voy ahora y la cierro”.

“El portero engañó entonces al hombre”, dijo K. enseguida, fuertemente atraído por la historia. “No seas precipitado”, dijo el clérigo, “no aceptes la opinión ajena sin examinarla. Te he contado la historia con las palabras exactas de la escritura. Allí no se dice nada de engaño”.

Tomado de Kafka, F. (2010). *Microcuentos y dibujos*, traducción de Selnich Vivas, Biblioteca Clásica para Jóvenes Lectores, Editorial Universidad de Antioquia, pp. 23-26.